

ESPECIAL PARA CALDENIA – La nota se titula : “El vestido de la chinita “

Cuando comenzaba el programa, recuerdo que detenía el mundo para escuchar atentamente. Entonces, la pampa se dilataba en el relato que se internaba en la desmesura del viento por medanos bajos, en llanuras yermas, en breñales de desaliento o milagrerías del caldenar con gentes desprovistas de mayores alegrías, austeros como el paisaje que los definía. Hasta el punto final del capítulo del “libro leído para usted” . Ciclo que Marcelino Boto desgranaba semanalmente en Radio Nacional. Eran lecturas de clásicos de la literatura gauchesca o nacional. Don Segundo Sombra, el Inglés de los Huesos, en fin. Confieso ahora la crispación de pibe agujoneada por la maestría del narrador de la historia momentáneamente inconclusa. Me invitaba a indagar tortuosos destinos de itinerarios de vida. Pero los personajes discretamente se desvanecían para anidar silenciosamente en la Tonomac hasta la próxima cita. Fue aquella una apasionante, enconada búsqueda en días lejanos que precedieron a mi primer tiempo de lecturas. Que entraron a mi mundo íntimo como una sentencia. Acaso como mestiere di vita.

Cada libro narrado que aprehendí entonces, tuvo múltiples ventanas y entradas. Miradas e interpretaciones según el prisma aplicado. Ramificaciones y senderos que derivaron en otros. Pero hubo uno de ellos que tuvo destacada centralidad en mis desvelos investigativos posteriores, durante décadas. Hasta hoy : Una excursión a los indios ranqueles, de Lucio V. Mansilla. Cada nota gramatical, cultural, interpretativa, me abrió un mirador distinto sobre el texto madre sujeto a revisión y contraste con fuentes documentales. Que fui cotejando e interrogando en diferentes archivos y repositorios. Con algunos resultados parciales publicados en diferentes momentos, circunstancias y soportes. Muchos de ellos en estas páginas. Hoy retomamos el tema referido a los bautismos que el franciscano Marcos Donati celebro en los toldos de Mariano Rosas, en el marco de la referida “Una excursión...(…)” que para ubicación del lector, anotamos un extracto del capítulo 58 , donde trata del bautismo de la hija del cacique Mariano, la intriga por el vestido de la pequeña y la inesperada respuesta de un gaucho refugiado.

“.... Era preciso aprovechar el día.

Teníamos que bautizar una porción de criaturas, hijas de cristianos refugiados, de cautivas y de indios.

Les recordé a los buenos franciscanos que no teníamos tiempo que perder.

Poco a poco fueron llegando hombres y mujeres cristianos con sus hijos e indios e indias con los suyos.

El toldo de Mariano Rosas era un jubileo.

Cuando todo estuvo pronto, se le mandó prevenir a Mariano Rosas, pidiéndole permiso para empezar, e invitándolo a presenciar la ceremonia.

El rancho que hacía de capilla era estrecho para contener la concurrencia. Con cada criatura venían los padres, sus parientes, sus amigos, los padrinos y madrinas.

Los chiquillos estaban azorados. El altar, los sacerdotes revestidos, las caras extrañas, el aire de solemnidad de los circunstantes, el empeño inusitado en que estuvieran con juicio o callados, todo, todo les impresionaba. Las madres se volvían puros aspavientos.

Acariciaban, reprendían, amonestaban, amenazaban, recurrían, en fin, a todos los ardides maternos, para imponer silencio.

Yo observaba aquella escena *sui generis* , y al través de la parodia veía la tendencia

humana hacia las cosas graves y solemnes.

Esas pobres mujeres, andrajosas las unas, bastante bien vestidas las otras, cristianas unas, chinas otras, alejadas de la civilización quién sabe desde cuándo, desgraciadas o pervertidas, resignadas a su suerte o desesperadas, ignorantes, vulgares hacían allí, lo mismo que habrían hecho bajo las naves monumentales de una catedral.

¿Qué sentimiento las dominaba cuando llorosas o radiantes de júbilo exclamaban, como varias veces lo escuché viéndolas abrazar con efusión el fruto de sus entrañas: ¿Al fin va a ser cristiana, hija mía, hijo mío?

Bautizar treinta o más criaturas una después de otra, era obra de todo el día. El ritual permitía, lo que yo ignoraba, administrar el sacramento en masa. Respiré.

Mi ahijada no comparecía. Mandé decir a mi compadre que la esperábamos, y un instante después la pusieron en mis brazos.

Era una chiquilla como de ocho años, hija de cristiana, trigüeñita, ñatita, de grandes y negros ojos, simpática, aunque un tanto huraña. Lloró como una Magdalena un largo rato. Calmóse por fin y la sagrada ceremonia empezó. Resonaban los latines y los Padres Nuestros; mi ahijada permanecía en mis brazos, ora inquieta, ora tranquila. Me miraba, huía de mis ojos, se sonreía, hacía fuerzas, cedía, a mí me dominaba sólo una idea.

La chiquilla había sido vestida con su mejor ropa, con la más lujosa, era un vestido de brocado encarnado bien cortado, con adornos de oro y encajes, que parecían bastante finos. A falta de zapatos, le habían puesto unas botitas de potro, de cuero de gato. La civilización y la barbarie se estaban dando la mano.

¿Qué vestido es ése?, ¿de dónde venía?, ¿quién lo había hecho?, era todo mi pensamiento. Quería atender a lo que el sacerdote hacía y decía. ¡En vano!

El vestido y las botas me absorbían. Examinaba el primero con minucioso cuidado. Estaba perfectamente bien hecho y cortado.

Las mangas eran a la María Estuardo. Aquello no era obra de modista de Tierra Adentro. Tampoco podía ser regalo de cristianos, ni tomado en el saqueo de una tropa de carretas, estancia, diligencia o villa fronteriza. Entre nosotros ninguna niña se viste así.

Mi curiosidad era sólo comparable a la incongruencia del traje y de las botas de potro.

Era una curiosidad rara. A veces me venía como un rayo de luz y me decía: Ya caigo, ese vestido viene de tal parte. No, no podía ser eso, era una extravagancia.

Cuando me tocaba contestar *amén*, otro tenía que hacerlo por mí. Distráido, no veía sino el vestido, no pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas.

A mi lado estaba un cristiano, agregado al toldo de Mariano Rosas, cuya cara de forajido daba miedo.

Era uno de esos tipos repelentes, cuya simple vista estremece. Jamás me había dirigido la palabra, ni yo se la había dirigido a él.

La curiosidad pudo más que la repugnancia que me inspiraba, y le pregunté con disimulo:

-¿De dónde ha sacado mi compadre este vestido?

-¡Oh! -me dijo, con voz ronca y tonada cordobesa-, ése es el vestido de la Virgen de la Villa de la Paz.

-¿De la Virgen? -le pregunté, haciéndome la ilusión de que había oído mal, aunque el hombre pronunció la frase netamente.

-Sí, pues -repuso-, cuando la invasión que hicimos lo trajimos y lo dimos al General.

Y esto diciendo, sostuvo a mi ahijada, que casi se me escapó de los brazos.

Con unas pobres palabras humanas, yo no puedo expresar el efecto extraño que hizo en mis nervios, la voz, el aire y la tonada de aquella revelación.

No sentí lo que se siente en presencia de una profanación; no experimenté lo que se experimenta ante un sacrilegio; no me conmoví como cuando un sortilegio nos llena de estúpida superstición. Sentí y experimenté una impresión fenomenal, me conmoví de una manera diabólica, como en la infancia me imaginaba que se estremecía el diablo cuando le echaban agua bendita.

Mi ahijada María, la hija de Mariano Rosas, está ligada a los recuerdos de mi vida, por una impresión tan singular, que su vestido y sus botas me hacen todavía el efecto de un *cauchemar* .

Yo no puedo ya ver una Virgen sin que esos atavíos sarcásticos se presenten a mi imaginación. Tengo el retrato de mi ahijada como cristalizado en el cerebro, y el vozarrón del bandido que me sacó de dudas me zumba al oído todavía. Hay ecos inolvidables. Se le oye una vez en la vida y no se le olvida jamás.....

A los efectos de comprobar la veracidad del relato de Mansilla , tan rico en descripciones que se lee casi de un tirón , pero posiblemente modificado para novelarlo, hemos realizado un registro riguroso de datos relevantes de fragmentos con el fin de investigarlos para documentar su autenticidad.

Pero también –porqué negarlo- ante la posibilidad de poder trascender el frío dato identificatorio recogido de amarillentos folios y ponerle casi cinematográficamente, valiosa sustancia humana. Imaginar, siquiera por un momento aquellas gentes. Resignadas a su suerte unas o desesperanzadas por la propia, otras. Protagonistas desconocidos de la saga ranquelina los primeros. Los segundos - cautivos y refugiados cristianos- también injustamente desconocidos y olvidados.

En el texto que nos ocupa, es posible transliterar el material donde efectivamente se observan algunas diferencias u olvidos del escritor, confrontándolo con documentación puntual existente en la Parroquia de la Ciudad de Villa Mercedes (S.L)

Se trata del “ Libro de Bautismos de la Misión de Propaganda fide del Río Cuarto, comenzado en una excursión a la tierra de los indios por el Padre Marcos Donati”. Tal su extenso título escrito en la portada.

La tarea de transcripción de las actas sacramentales -realizada hace más de quince años- , fue en parte dificultosa debido a la letra casi laberíntica del misionero, unida a términos que intercala – abreviados- en italiano.

En las primeras páginas del libro –en buen estado de conservación- leemos el nombre de los 14 niños bautizados (de las cuales son 7 niñas) el 13 de abril de 1.870 en las tolderías de Mariano Rosas , a la vera de la mítica laguna de Leubucó.

Aunque Mansilla no lo explicita, otras fuentes inéditas consultadas nos señala que el acto se realiza en el rancho del sargento Orellano, cristiano refugiado con mil pellejerías pendientes en la frontera. Los datos que aporta cada una de las actas sacramentales, son en esencia, una cantera inagotable para un pormenorizado y exhaustivo análisis etnohistórico.

Pero –ahora- solo nos remitiremos en concreto a la pequeña María .

En principio , conviene aclarar que aquel día se bautizan dos hijas del cacique: Martina Bernarda (acta N° 12), de un año de edad , cuyo padrino fue el Capitán Martín Rivadavia , y la nombrada María -por el autor- que en realidad figura en el documento en marras como Venancia Gregoria (acta N° 14), de “mas de tres años de edad regulados por mí”...según anota Donati , y no de siete como presume Mansilla.

“Hija del cacique Mariano Rosas y de la indígena Trepaimán” ,continúa el texto , dato este que se contrapone a lo expresado por el Coronel que la supone hija de cristiana.

Tripaimán , la madre de ambas niñas y esposa principal del cacique en la cual hubo numerosa prole, pertenecía a la parentela de Tripailao.

Los padrinos de la niña fueron el Cnel. Lucio Mansilla y la cristiana Juana Cornejo , a quien según consta en actas subsiguientes , ese día también bautizan a sus hijitas Petrona y Juana.

Esta cautiva cordobesa estaba agregada desde años al toldo familiar del Cacique Rosas. Y aunque fue rescatada posteriormente , cuando se funda Victorica en 1.882 vive aún en las rancherías aledañas al pueblo y son numerosos los documentos que registran su presencia en el lugar hasta entrado el siglo XX.

Los tres restantes ahijados de Mansilla son Marcos Lopez (acta N° 9) hijo del indio lenguaraz Martín Lopez y de Cruz Guanqué y los hermanos Mariano y Teófila Camargo (actas 10 y 11) hijos del famoso “renegado” Gregorio Camargo y de la puntana Adoración Contrera.

Martín Lopez y Gregorio Camargo, fueron dos personajes en los que poco hay que agregar para contar sus vidas novelescas.

La numerosa descendencia actual de estos y la de los otros , los desconocidos que ni siquiera la curiosidad del investigador podrá rescatar del tiempo y las desdichas ,aún vive en La Pampa, entre nosotros.

Perpetuando mote y apellidos que no borró el polvo de la misteriosa tierra adentro y que a veces reviven en el canto de una guitarra, entre versos bravucones de barajas y amanecidas en los boliches de pueblo.

¿ Cuantos descendientes mas habrá en La Pampa de aquel conglomerado humano mitad indio , mitad cristiano merecedores de ser buscados , identificados y recogidos por y para la crónica que reafirme identidades que suelen andar dispersas y perdidas ?

Alguien dirá que estas son minucias, pero de esta excursión al pasado no tan remoto guardamos para el final la desprolija cartita de la china Tripaimán a su compadre Lucio Mansilla, fechada en Leubuco meses después.

Luego de los saludos de “...Namunbí , Quetruané y los de casa” , se sucede inagotable la copiosa lista de pedidos.“...Almidón , hilo pa’ coser, añil, espejo dorado, agujas y dedales. Pañuelo de rebozo, chamantos y peine de marfil...”que nos dejan un inefable resplandor femenino con indefinible aroma de eternidad.

Va en la despedida también un pedido de visita “ de Martinita, -al parecer, enferma- “...que con solo verlo nuevamente, sanará...” .

Y de la post data , nuestro corazón guarda cariñosamente el humilde real de plata, enviado con el portador para el envío “...de una flautita de música para su ahijada Venancia. Vale”....

José Depetris